

83

Distingámonos Sombrero

Yo tengo que ocuparme de esto de alguna manera. Ya que no me preocupe como á los demás, al menos como espectador debo comentar el espectáculo. No todos hemos de saltar al redondel; algunos debemos guardar en el tendido, bien al sol, bien á la sombra ó bien detrás de la barrera..... Aquí estoy yo: detrás de la barrera.

Es el caso, queridísimo y filósofo lector, que desde hace bastante tiempo me vengo fijando en la esclavitud á que voluntariamente se ha sometido el hombre respecto de una de las más miserables prendas de su indumentaria, esto es: del sombrero.

Dicho así, escuetamente, puede parecer una broma, un imposible, *une bagle* que dirían los franceses pero nó, es exacto, rigurosamente exacto. He bebido en muy buena fuente, en la fuente de la observación varia y continua y puedes estar seguro de que antes dejará de alumbrar el sol, que equivocarme en uno solo de los detalles y de los datos que de yuso voy á referirte.

El caso es más curioso que extraño. Parece ser que una muy numerosa parte de nuestra sociedad descubrió cierto día que llevar el sombrero, "naturalmente," es decir, sobre la cabeza, derecho, lijera y cómodamente ajustado como lo indica la *gógica*, el buen sentido comun y la más elemental estética, era una costumbre de malísimo gusto. ¿Cómo remediar esto? se preguntaron esos muchos extraordinarios descubridores, ¿qué hacer, Virgen de las Angustias, para no resultar vulgar, para distinguirnos, para llamar la atención?..... Y al punto se firmó entre la juventud el siguiente decreto: "Nadie llevará puesto el sombrero, todo el mundo le llevará siempre en la mano."

Esto podrá no ser ingenioso, pero indudablemente era radical. Era imitar al gobierno, al gobierno de todos los países y con particularidad al cubano, que para evitar que los vagos se sentaran en los bancos de los paseos acabó por no dejar un banco en ninguna parte. Pero las exigencias, más fuertes que el capricho, hicieron que volviesen los bancos

y del mismo modo los bombines volvieron á las cabezas. La verdad es que era imposible mantener el bando. Era un espectáculo lamentable ver á lo más refinado de nuestra sociedad vagando por calles y plazas bajo agua, sol y sereno, siempre con el "coco" al aire como esclavos inconscientes de un sugestionador anónimo..... Después, las consecuencias eran serias y alarmantes; menudeaban las congestiones, los catarros, las bronquitis y las insolaciones sin que por ello hubiese una recompensa, ni siquiera la atenuante de prescindir del sombrero, de evitarse los tres ó cuatro duros en cada estación, de dejarlo en casa, de llevar las manos libres..... No, señor, nada de esto, había que llevarlo..... ¿ponérselo?... para dormir en último caso. Esto era imposible, unos se aburrían, otros protestaron, el menor número mandó la moda y el decreto á paseo, pero, lo racional, que hubiera sido deshacerse de trabas y recobrar la completa libertad, esto nadie lo pretendía. Dejaban la costumbre por inútil, pero había que implantar otra. El hombre se ha civilizado bajo el palo y bajo el palo morirá mientras no se haga salvaje. ¿Qué haremos? ¿qué haremos?—se preguntaba la cámara legislativa—¿qué podremos hacer con nuestras "pajitas"?..... El problema se resolvió rápidamente. Un representante tomó la palabra y presentó un proyecto de ley que en síntesis venía á ser lo siguiente: "Resultando & &..... Resuelvo: que todo *sportman* que quiera merecer el nombre de tal, sacrificará todo el frontal izquierdo y parte de la órbita del mismo lado, ceja inclusive, conformándose á no ver casi nada con un ojo y á gozar solamente de la libre impresión retinal derecha." Hubo votos en pro y votos en contra. Algunos alegaban que el ojo izquierdo era más interesante que el derecho, que era mucho más expresivo, que de su elocuencia nos valíamos generalmente, porque si se lo guiñábamos á una muchacha quería decir: "dame un beso," y á un hombre: "estoy bruja; ni te ocupes"! La voz en contra, aunque menos numerosa, al fin triunfó gracias á que se defendían como gatos en decúbito cuatro tuertos del ojo dere-

cho que de no aprobarse el decreto "por el otro lado" se hubiesen quedado completamente á oscuras. Como no había entre los miembros de la cámara tuertos del ojo izquierdo, el decreto se aprobó y aquí como en política el interés de los legisladores se sobrepuso al interés del pueblo.

Bajo este régimen estuvimos cerca de dos años, no sin introducir en este período algunas enmiendas y modificaciones. Se resolvió modificar los saludos. Una persona al pasar por delante de otra conocida debía seguir su camino sin mirarla á la cara y después de haberla dejado uno ó dos metros detrás, entonces con aplomo, ceremoniosa y acompasadamente levantar el brazo, tomar el "pañita" por el ala ó el castor por la copa y llevarlo hácia adelante como para leer la etiqueta del forro. Terminada esta mímica cubríase nuevamente el ejecutante. Sucedió á veces que con dicha ceremonia el sombrero no nos lo colocábamos bien, según la ley, y entonces el paseante debía disimular, no darse por entendido y continuar con él comodamente—aunque les estuviese magullando un forúnculo, hasta que pudiera doblar una esquina, si era en la calle ó una puerta si en el teatro, en donde sin que nadie le viera podía nuevamente oscurecerse el frontal, la ceja y el ojo... Preguntas, lector, ¿que por qué todo esto?... ¡inocente! Si probablemente tu lo sabes y hasta lo has hecho muchas veces, ¿para qué he de decírtelo?

Al fin llegamos al momento actual. La modificación es otra vez notable. La posición del sombrero ha cambiado y el saludo también. En cuanto á lo primero, que aún no se encuentra en Cuba tan generalizado como en Europa, aseguran malas lenguas que el introductor de la moda lo ha hecho con miras interesadas. Se trataba, parece, de un hombre colmado de deudas. ¿Cómo haré yo, se dijo, para poder llevar la frente descubierta y la cabeza erguida? Y resolvió que todos anduvieran con el sombrero echado hacia detrás. Confieso que la moda es menos modesta; excepto cuando viene el aire de frente. Antes cuando soplaba de popa teníamos que levantar la cabeza enseñando la nuez;



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

ahora la bajamos como quien va á embestir... Esto después de todo no debe apurarnos, porque dadas las costumbres modernas entre el hombre y el toro se estrecha cada vez más el parecido. Respecto á lo segundo, al saludo, no puedo dar detalles de quién haya sido el iniciador, pero me inclino á creer que es un imperialista, pues eso de echar mano al bombin con fúria y con un movimiento automático, de resorte, bajarlo hasta la cintura como diciendo "aquí hay que morirse," esto es enérgico, egoista, napoleónico.....

También es enérgico, muy enérgico lo que se hace con los castores: estrujarlos y de grado ó por fuerza guardárselos en el bolsillo de la americana. Algunos, antes de meterse las manos en los bolsillos los apachurran y aplastados como un catapacio lo llevan debajo del brazo.

Esta es la historia, la historia ridícula de una de nuestras preocupaciones, la historia que, como ya te dije más arriba, parece una broma y hasta un imposible, pero que en el fondo es miserable y triste. Calcula que por tales contorsiones y tales mímicas se improvisan eminencias científicas, grandes literatos, brillantes inteligencias, se juzga de la capacidad de un empleado cualquiera y hasta se mide y se distribuye el pan de una familia, pues más de un rebelde encontrarás que por no plegar su carácter á semejantes tonterías cobran diez en vez de veinte, cinco en vez de diez ó nada en lugar de mucho..... Pero, ¡qué demonio!, á pesar de hacerme estas reflexiones, cuando desde mi observatorio contemplo el desfile de esta humanidad ligera, superficial y feliz..... no puedo por menos de exclamar mirándoles para debajo del brazo:—¡Pobres sombreros!... y después mirándolos á ellos:—Pobres hombres!.....

C. CARVALLO MIYERES

